

LA DETALLADA DESCRIPCIÓN DE LAS FIESTAS DE LA VIRGEN DEL SOCORRO DE GÜÍMAR EN 1888, ESCRITA POR EL CULTO SACERDOTE DON SANTIAGO BEYRO Y MARTÍN

OCTAVIO RODRÍGUEZ DELGADO

(Cronista Oficial de Güímar)

[blog.octaviordelgado.es]

Al culto sacerdote don Santiago Beyro y Martín le debemos una de las descripciones más completas, aunque poco conocida, de las fiestas de Nuestra Señora del Socorro en el siglo XIX, concretamente las celebradas el 7 y 8 de septiembre de 1888. Curiosamente, no la publicó hasta once años después, entre el 15 de abril y el 24 de mayo de 1899, en cinco entregas que vieron la luz en el *Diario de Tenerife*; y la reprodujo íntegramente entre el 20 de julio y el 24 de agosto del año siguiente, también en cinco partes, en el semanario *Siglo XX*. Está extraída del libro sobre “*Historia y evolución de las Fiestas de Nuestra Señora del Socorro en Güímar*”, que tenemos en preparación.



Procesión de la Virgen en el caserío costero de El Socorro.

En su interesantísimo trabajo, el Doctor Beyro describe con todo lujo de detalles los principales aspectos de dichas fiestas: los repiques de las campanas en la iglesia de San Pedro y en la ermita de El Socorro; la salida de la Virgen de la iglesia matriz y el entorno de ésta, incluso las plantas que adornaban la plaza y sus olores, así como la masa humana que la espera, su emoción e incluso sus trajes; la danza de las cintas, con los principales aspectos del baile y la vestimenta de los danzarines; la procesión hasta La Asomada, con la banda de música y los numerosos fieles; los ramos de albahaca que llevaban las chicas para adornar la ermita costera; la llegada a ésta, sus olores y el canto de la *Salve*; el baño de los romeros, su posterior almuerzo y las parrandas; el pozo al que se llevaba el agua para esta fiesta; las promesas de los fieles y las limosnas entregadas al mayordomo; la tradicional luchada en la playa; la emotiva representación de la “Ceremonia” de aparición de la Virgen a los guanches, en el mismo Llano donde se produjo; la procesión de retorno a la ermita, con la banda de

música; la suelta de globos aerostáticos y los fuegos artificiales; el regreso a Güímar de los señores más acomodados en sus bestias; la noche pasada en la costa por otros muchos vecinos, en las chozas improvisadas o en los ventorrillos; la función de la mañana del día 8, con sermón; el regreso a Güímar de la mayoría de los romeros, para esperar allí a la Virgen ya vestidos de fiesta; la soledad de Nuestra Señora esa tarde en la costa, solo acompañada por el mayordomo, que por entonces era don Nicasio García Díaz¹, y un escaso número de amigos y devotos, que le ayudan a recoger la capilla y al traslado de la venerada imagen a la iglesia de San Pedro; la concentración de fieles de todos los barrios del municipio y de Arafo en La Asomada; el alegre recibimiento en dicho lugar; el regreso a la parroquia en procesión abigarrada; el educado juego de “¿Pares o nones?” (primera referencia escrita sobre el mismo); la llegada a la iglesia matriz, entre fuegos artificiales, vítores, alegría y fe religiosa de una densa masa de fieles; la emotiva entrada en el templo; la posterior soledad y el silencio de esa noche en Güímar. Concluye el Dr. Beyro, recordando con nostalgia la playa de El Socorro, la ermita costera y la fiesta que había vivido hacía más de dos lustros, recreando la presencia guanche en dicho término, que había dado lugar a esta celebración.



La Bajada de la Virgen, el acto con mayor concurrencia de público de las fiestas de El Socorro.

EL AUTOR: DON SANTIAGO BEYRO Y MARTÍN (1859-1926)

El autor de dicho trabajo, don Santiago Beyro y Martín de Santa Olalla, nacido en Santa Cruz de Tenerife el 21 de marzo de 1859, fue un culto sacerdote del clero tinerfeño. En 1877 ingresó en el Seminario Diocesano y en 1882 fue ordenado de presbítero. Obtuvo los títulos de Bachiller en Artes, Lcdo. en Derecho Canónico y Dr. en Sagrada Teología. A lo largo

¹ *Don Nicasio García Díaz* (1827-1895), nacido y fallecido en Güímar, fue director de la Banda de Música de este pueblo, teniente de alcalde del Ayuntamiento, notario público eclesiástico de la Parroquia de San Pedro Apóstol, teniente 2º de la Milicia Nacional de dicha localidad y mayordomo de la Virgen del Socorro y de su santuario durante 29 años, desde 1866 hasta su muerte.

de su vida ostentó importantes responsabilidades en la Diócesis Nivariense: en 1880 se le expidió el título de catedrático de Latinidad del Seminario Diocesano y en 1882 el de catedrático de 2º curso de Latín y Castellano e Historia Universal, destacando luego como catedrático de Historia Eclesiástica; en 1883 se le expidió título de coadjutor del Sagrario Catedral y después pasó como cura regente a San Juan de la Rambla; de 1884 a 1890 y de 1893 a 1895 ejerció como cura ecónomo de San Francisco de Asís en Santa Cruz de Tenerife, siendo designado también cura ecónomo regente de la Concepción de dicha capital y arcipreste del partido en 1889; luego, desde 1895 fue cura ecónomo rector de Ntra. Sra. de la Concepción de La Laguna y párroco propio de la misma desde 1903, así como arcipreste de La Laguna; en 1914 obtuvo por oposición la dignidad de arcediano de la Santa Iglesia Catedral de Tenerife; y en dos ocasiones rigió la Diócesis en sede vacante como vicario capitular, 1917-1918 y 1922-1925. También destacó como orador sagrado y defensor de los intereses de Tenerife. En 1896 fue admitido en la Ilustre y Noble Esclavitud de San Juan Evangelista de La Laguna. Asimismo, fue misionero apostólico, capellán de honor y predicador de Su Majestad, examinador sinodal de los Obispos de Málaga, Segovia, Ávila y Canarias, académico de la Pontificia Arcadia en Roma, etc.; y por sus méritos le fueron concedidas diversas distinciones civiles, militares y eclesiásticas. Por sus frecuentes y brillantes intervenciones como orador en Güímar, en 1908 el Ayuntamiento de esta villa lo nombró Hijo Adoptivo; y en ese mismo año el Ayuntamiento de Santa Cruz le regaló una sortija de oro con el escudo de dicha capital, costado por suscripción popular. Falleció en San Cristóbal de La Laguna el 28 de noviembre de 1926, a los 67 años de edad, y sus restos reposan en el Panteón de Hijos Ilustres de Tenerife. Lleva su nombre una calle de la capital tinerfeña y en la plaza de San Francisco de la misma ciudad se colocó un busto suyo.



D. Santiago Beyro y Martín. A la derecha su busto, instalado en la plaza de San Francisco de Santa Cruz de Tenerife.

LA DESCRIPCIÓN DE LAS FIESTAS

La descripción de las fiestas de El Socorro fue publicada en el *Diario de Tenerife* en 1899, en cinco entregas fechadas en “*Laguna de Tenerife*”, bajo el título genérico “*Recuerdos de ogaño. Las fiestas en Güímar el 7 y 8 de Septiembre de 1888*”, y dedicadas “*A tí...*”; en 1900 fue reproducida íntegramente en el semanario *Siglo XX*. Por su belleza literaria, riqueza

en detalles y enorme valor histórico la reproducimos a continuación en su integridad, manteniendo la ortografía original:

Amanecía. El rey de los astros, perezoso, sin querer despertar en nuestro hemisferio, apenas dejaba entrever algún rayo por entre las fajas de oro y escarlata con que su rubicunda madre, la Aurora, le ceñía: ráfagas de luz esmaltaban el firmamento; un airecillo ténue impregnado de los bahámicos olores de los heliotropos, las azucenas y las rosas de los jardines cercanos hacía susurrar débilmente el verde follaje de los árboles que circuyen la espaciosa plaza extendida delante de la Parroquia de Güimar, cuyas sonoras campanas repicaban alegremente. Una abigarrada y compacta muchedumbre invadía los contornos del templo y se movía y agitaba incesantemente como las olas de un mar de todos colores como lucían en los pañuelos, sobretodos y trajes de las zagalas que llevaban en sus manos para enramar la ermita los pies de albaca cultivada por ellas durante el año con esquisito esmero, los caprichosos vestidos de los labriegos, las elegantes *toilettes* de las damas y las ropas á la última moda parisiense de los señoritos. La danza del país, número típico y original de nuestras fiestas se preparaba, con sus guapos mozos vestidos de blanco, rollisos y colorados como exuberantes rosas de á libra y cubiertos de cintas de todos colores sujetas en un morrión *sui generis* por broches de piedras falsas y lazos de caprichosas formas, llevando las clásicas castañuelas y la punta de la cinta que les cupo en suerte y cuyo extremo opuesto va prendido en la vara pintarrajeada y que sostiene en el centro el director de baile, para luego ir trenzando y destrenzando en vueltas y revueltas, saltos y figuras al son del tamboril y de la flauta con una cadencia de habanera... Risas aca y bromas inocentes allá y consejas en este grupo y conversaciones animadas en el otro hasta que de pronto se abren las puertas del santuario y aparece la cruz parroquial y los ciriales llevados por los acólitos medio dormidos y la Virgen del Socorro en sus andas de caoba y el clero y... entonces los hombres todos descubren reverentemente sus cabezas, rezan las mujeres, la charanga del pueblo rompe en un alegre paso-doble, las gentes se arremolinan y marchan lentamente detrás de la procesión, los chicuelos corren de una parte a otra queriendo ver todo á un tiempo sin poder mirar nada en detalle y relamiéndose de gusto al recordar las rosquillas, bollos y turronecillos que van á comer en los ventorrillos y... las campanas repican, repican sin parar, encontrando eco en las montañas vecinas cuyas crestas iluminadas por el sol naciente parecen hogueras encendidas por el cielo para tomar también parte en la fiesta de la tierra.

Hasta la *asomada* marcha ordenadamente la procesión. Allí montan sus cabalgaduras los que las tienen, las mujeres suben á pares en angarillas forradas con colchas de vivos colores ó con mantas azules tejidas en el país, con sus blancos flecos de hilo, sobre flemáticos camellos y sufridos mulos; las mozas cubren sus cabezas con sombreros de paja adornados de cinta y lazo de terciopelo negro cuya ala bajan para preservarse de los rayos solares, se abren mil quitasoles y algunas personas que no pueden descender á la playa se detienen en grupos hasta perder de vista la procesión que sigue cuesta abajo siempre acompañada de una multitud devota y recojida.

.....

Y la ermita espera á su Titular, blanquita como una paloma, llena de flores y limpia como una patena. Repica alegremente su campana y la playa de *Chimisay*, de santos recuerdos, iluminada por un sol espléndido y bañada por un mar azul parece que sonrío...

Y la Virgen llega y la depositan en el pavimento de su capilla que huele á romero, albaca y mejorana y todos se postran para besar la fimbria de su vestido de brocado de oro y la *loa* inocente como un idilio de los tiempos patriarcales, amorosa como una anacreóntica de la Edad Media, fresca y olorosa como una égloga del *mantuano*, con un sabor á los romances de nuestra patria grande, la recita devotamente una mujer que hace llorar á todos evocando en versos mal rimados, pero llenos de sentimiento, rebosando una

poesía semisalvaje, bella como las flores silvestres y sentida como los vajidos de un infante los múltiples favores y los asombrosos milagros de la Virgen bendita y... no hay uno que deje de rezar la *Salve*, ni ofrecer sus votos á la imagen querida, mientras que los chicos saltan y bromean en la plaza como cervatillos, cantando la salutación que el célebre párroco, honra y prez de Güimar, señor Díaz Núñez, compuso para esta fiesta:

La patria del gran Tinerfe
con gozo te vió lucir,
y de todos sus estados
el de Güimar preferir
para colocar tu trono
y el paganismo abolir...

*Socorro, Madre piadosa,
No cesamos de pedir.*

... Después á la playa, á pasear los grandes y á bañarse los chicos en la orilla del mar, á beber todos agua del pozo que han llevado para los romeros las gentes piadosas trayéndola desde una legua, unos por voto y muchos por caridad fraternal; á comer después el frugal almuerzo cuyo *menú* lo forman para una inmensa mayoría las tradicionales *papas y cherne salado* cocidos, con el *mojo picón*, rociado incesantemente con sendos tragos del vinillo blanco y flojo de la comarca y sirviendo de entremeses ricos *gainases* de gofio amasado...; sentados todos sobre las rocas aquí y más allá en amigables círculos en torno de blancos manteles y oyéndose á cada paso el consabido *si usted gusta...* con que se invita franca y cariñosamente al forastero que por allí transita. Y más tarde, después de reposar brevemente se rasgúan las guitarras y puntean las bandurrias y se cantan y bailan en todos lados las folías y la iza, el tajaraste y las saltonas y todo es alegría y regocijo y... dentro de la ermita la Virgen del Socorro iluminada por miles de cirios, sonriendo á tantos y tantos fieles que cruzan de rodillas la sagrada nave y besan la tarima de su altar en cumplimiento de la *promesa* formulada en horas de angustia; y el honrado Mayordomo recibe las limosnas, los ex votos de cera, los ramos de flores contrahechas y la *botijas* de aceite para la lamparita que arde delante del trono, pendiente del techo, sentado detrás de una mesa con tapete encarnado repartiendo las estampas de la Virgen en que aparece la Señora rodeada de guanches y llevando en los brazos al Niño Jesús.

.....

Después de la comida del mediodía, *la lucha*, allá abajo, sobre la arenosa playa, al pie del alto monte de piedras labradas por el romper del oleaje y reunidas allí por los siglos, sobre las que se sientan las mujeres como en el *paraiso* de un teatro, alfombrando aquel montecito con sus vestidos de colores chillones y sus pañuelos de seda amarillos, azules ó rosados y los hombres formando cien círculos concéntricos, apretados, y todos sobre las puntas de los pies para ver mejor á los fornidos mozos que, desnudos los brazos y arremangado el calzoncillo para dejar libre la robusta pierna, usando sus artes y tretas sudan y forcejean para echar en tierra al contrincante y... todos aplauden y saludan y vitorean al vencedor que levanta orgulloso la sudorosa frente y guiña el ojo á su novia que le *saluda* con su pañuelo desde el montón de piedras que le sirve de palco para presenciar á sus anchas desde arriba el espectáculo curioso.

.....

Al caer la tarde... el simulacro. La nota más hermosa y admirable de la fiesta, lo típico de ella, lo original, lo esencialmente canario, el remedo de la aparición de Nuestra Señora de la Candelaria, allí mismo; y la que una respetable tradición *constans et ampla* nos refiere desde los remotos años de 1492 ó 1493.

El viento corría de un punto á otro con silenciosa movilidad dejando escapar por todas partes ese silbido tenue que no hay pluma que lo describa, pero que en el lenguaje de las auras y de los céfiros quiere decir «silencio»!

Las brisas saturadas de sales marinas y trayendo las emanaciones de la vecina floresta con harmónico susurro parece que cantaban los inocentes idilios de los sencillos guanches, raza primitiva, noble y hercúlea que habitó este suelo privilegiado. El mar manso como un cordero besaba dulcemente los menudos guijarros de la ribera y al romper sus olas contra ellos, gotas de agua y copos de espuma soltaban como en surtidores formando caprichosas figuras.

La playa parece inmensa mirada desde los riscos que la coronan, canteras de nuestros *indispensables* filtros ó *pedras de destilar* semejantes á blancas esponjas ó vellocinos espumosos donde descansa una compacta muchedumbre de fieles que sobrecogidos misteriosamente por lo sublime del cuadro permanecen silenciosos y devotamente recojidos, contrastando con la explosión de la ruidosa alegría durante la lucha celebrada momentos antes.

Allá en el horizonte el sol hundiéndose en occidente mientras levantaba al cielo sus rayos postreros como la mirada de un aflijido...

La Virgen del Socorro baja á la playa... la colocan sobre la piedra donde á fines del siglo XIV apareció á los guanches... las brisas marinas besaban su túnica y oreaban su rostro y las olas lamían humildemente el rústico pedestal que le servía de trono... Allá á lo lejos, por el barranco de Chinguaro en medio de los silvestres balos y de los lechosos tabaibales, venían con sus ganados dos hombres vestidos de pieles y apoyados en sus lanzas en un todo semejando á los primitivos pobladores de estas islas... las cabras se detienen... se arremolinan en torno de la sagrada imagen y... se representa el hecho milagroso que desde Alfonso de Espinosa, Juan Núñez de la Peña, Francisco López de Gómara, Antonio de Viana, Juan de Abreu y Galindo, José de Viera y Clavijo hasta nuestros historiadores contemporáneos sin discrepancia la tradición nos refiere.

A la entrada de la procesión, que va precedida de los *guanches* que saltan apoyados en sus lanzas, presididos por el que representa al antiguo Mencey llevando en su cabeza una corona de rosas, se canta el *Nombre*, y después la música y los fuegos de artificio y los globos aerostáticos de cascos de varios colores y mil cohetes que surcan el aire y que al romper en estridentes estallidos dejan caer una lluvia de estrellas blancas, azules y rosadas cuya vista arranca un unísono *alabao* á los sencillos campesinos más buenos que el pan y más honrados que la misma virtud. Bendito candor que por desgracia ya se va perdiendo en nuestras aldeas!



Hasta el siglo XIX, la ermita de El Socorro fue el único edificio existente en dicho lugar.

Y la noche la pasan los más cantando y bailando al aire libre y los menos durmiendo en el duro suelo de las chozas formadas para tal día en torno de la plaza y pocos con los *cascos á la jineta* por subírseles á la cabeza las copas de *caña* ó del peleón, compuesto y recompuesto por los venteros para darlo más barato, con que han remojado la carne en adobo, la asadura asada ó el pescado frito, que todo eso se vende calentito durante el día y la noche en los ventorrillos formados de sábanas, colchas ó esteras que cubren las empalizadas de los improvisados techos y paredes *sui géneris*.

La gente *chic* se marcha á Güimar á caballo ó en camellos terminados los fuegos ó pasa la noche de claro en claro en la ermita ó en sus rústicas dependencias ó bajo tinglados *ad hoc*...

Al siguiente día se celebra solemnemente la función de la mañana con sermón y... después todos regresan al pueblo á ponerse de tiros largos con los trapitos de cristianar para concurrir á la tarde á recibir á la Virgen que se queda allá abajo tan solo acompañada del Mayordomo y de algunos íntimos suyos y alguno que otro devoto que le ayuda á recoger y guardar los adornos de la capilla y á traer después en hombros para la Parroquia la milagrosa imagen... todo en calma... solo el mar muje y se agita allá abajo siempre besando cariñoso la piedra secular y memorable sobre la que los sencillos guanches descubrieron la primitiva y venerada imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, Patrona de estas siete islas, tranquilo mar, testigo eterno de aquel misterioso suceso...

Desde las cuatro de la tarde se nota en Güimar inusitado movimiento. De los pagos de Pájara, Medida, Lomo de Mena, Asientos y Escobonal ó Agache acude todo el que puede dejar su casa; bajan de Arafo pobres y ricos y con los del pueblo sin distinción de clase, ni de categoría se dirijen á la *Asomada* á esperar el regreso de la Virgen Santísima..., Los campos, *Lagartera* y *Majuelos* se ven llenos de gente... Qué animación, qué algazara, qué júbilo, qué elegancia en todos, qué variedad de tipos y de trajes!...

Y llega la sagrada efigie y repican las campanas, estallan mil cohetes, rompen las músicas en marchas alegres, vitorean los campesinos, saludan á María, cariñosa y devotamente, todos, todos... Allí no hay uno que deje de amar á *su* Virgen del Socorro!

Y al subir la calle de Güimar de abajo en grandes y compactos grupos, separados largo trecho del trono de la celestial y graciosa Reina, hombres y mujeres con los bolsillos llenos de almendras sin romper su dura cáscara juegan á *pares ó nones* indistintamente, confundidas las clases con una franqueza y libertad inocentes sin oirse en aquel concierto, ni una nota discordante, ni descubrirse en aquel cuadro ni un borrón que lo afee... ni siquiera se oye un chiste que pueda tildar la educación más esmerada.

La sombra se deja caer poco á poco y se extiende lentamente como una gota de tinta en un vaso de agua. La noche se acerca. La procesión llega á la plaza de la Parroquia; la luz de las bengalas da á todos los objetos un tinte fantástico; se queman vistosas ruedas, honra de los pirotécnicos del país; surcan el aire á miles los cohetes voladores; resuenan sin cesar *vivas á la Virgen del Socorro*; algunas piadosas mujeres van de rodillas detrás de la venerada efigie; muchas lloran y suplican en alta voz pidiéndole con esa fê que traslada los montes de una parte a otra; por el hijo enfermo, por el esposo ausente... aquello es una explosión de fê religiosa que se siente mejor que se describe, ¿qué digo? que es imposible describir y anuda la garganta y hace palpitar aceleradamente al corazón y agolpa las lágrimas en los ojos...

Y al volver la imagen de frente al pueblo se presentó á mis ojos un cuadro celestial al que servía de marco la puerta del templo circuida de faroles encendidos y vi á la Madre de Dios y Madre nuestra iluminada por las bengalas y rodeada de aquella apiñada muchedumbre y escuché allá dentro los acordes del órgano como una catarata inagotable de ondas sonoras y cien voces frescas y juveniles cantando el *Ave Maris Stella* y fuera un rumor de plegarias que formaban una caótica é indescifrable sinfonía de admiración y amor y... caí de rodillas en la plaza presa de una emoción dulcísima, y por una de esas fantasías del alma parece que miré á la Virgen que sonreía con aquella boquita parecida á

la flor del granado, agradecida por una ovación tan espontánea y cariñosa.

.....

Y cuando se apagaron las luces del altar y el templo quedó desierto y las calles solitarias sin que interrumpiese aquel solemne silencio sino el rumor de las hojas de los árboles que semejava un aleteo de ángeles invisibles, y el murmullo del agua que como una cinta de plata atraviesa en toda su extensión la plazoleta, lleno mi corazón de misteriosas sensaciones y mi cabeza de idealismos vagos y sin nombre, con el cuerpo fatigado y maltrecho y el alma envuelta en una melancolía infinita, me dejé caer en el lecho que una sincera amistad me tenía preparado y allí, á solas, mientras que el insomnio evocaba en mi reminiscencias enigmáticas, escuché el dejo dulcísimo de un trovador trasnochado que con voz que parecía envuelta en lágrimas y que no sé por que me descubriría las tristes comisuras de su boca, eco tal vez de un desengaño que le roía el pecho, cantaba cadenciosamente al son de su guitarra:

Triste es la noche en el mar,
triste es la noche sin luna;
pero más triste es amar
sin esperanza ninguna!

.....

Han pasado dos lustros. Debilitado el cuerpo por enfermedades inveteradas y antiguas, cada día que pasa más exacerbadas y dolorosas, y enfermo el espíritu por ese incesante batallar de la vida, las quimeras de la edad pasada, las armonías de la juventud que se despide para siempre, patria, familia, amigos, sombras, luces, alegrías, penas, desencantos, todo lo que es mi historia que por lo ignorada y baladí solo á mi interesa, todo, todo lo que ha formado la delicia y la amargura de mi vida, se agita en mi alma removido por un soplo, se ilumina con un débil rayo de luz en el sepulcro de la memoria como una ráfaga de aire con los postreros hacimientos de una hoguera ¡brilla y pasa! Y al recordar doliéndome el corazón que la generación que yo amaba va también pasando descubro asomado al fondo de mi alma, que me asusta como si me asomara á un abismo; que ya tan solo me atrae la tierra... y veo en lontananza, allá lejos, las montañas de Güimar que ejercen sobre mi misteriosas influencias...

El que hubiese experimentado el amor á la tierra que guarda nuestros recuerdos de la infancia y los ensueños de la juventud, y se dibuja en la fantasía el último cerro que traspuso como una cortina corrida sobre su patria y evoca en su mente aquella columnita de humo del nunca olvidado hogar y confundida entre la bruma la torre de la iglesia, y los ecos de una campana que resuena en nuestros oídos con unas armonías tan conocidas y tan gratas, todo envuelto en esa pasión que es soplo creador, fuente de juventud, aroma perdurable, calor y alientos; que nos oprime como la atmósfera y la respiramos como el aire y platea nuestras noches como la luna y alumbrá nuestros días como el sol, atiende, conoce y *palpa* estos sentimientos...

Sí, allí está la playa y allí está el monte; allí está el pozo de la Virgen y la blanca ermita del Socorro; siempre los veo. Ah! En esas nostalgias del alma que padecemos todos, mil veces mi espíritu se traslada á esa playa sin rival y oigo las barcarolas de los pescadores cantadas inimitablemente al romper de las olas que tantas veces mojaron mis pies de niño cuando regojía las menudas conchas y las piedrezuelas de la orilla, mientras el sol se levantaba del fondo del mar, como una hostia inmensa, según una frase célebre, ofrecida en el inmenso altar de la naturaleza. Al caer la tarde, en esas horas de misteriosa melancolía, cuando las hierbas y las flores silvestres, semejantes á esos seres humildes que temen ostentar sus encantos á la luz del día ó á las naturalezas delicadas que se expanden en el misterio y en la sombra, empiezan á revelar su existencia por medio de sus perfumes y las aves viajeras, judíos errantes del espacio, dejan escapar sus gritos melancólicos como gemidos del proscrito, por uno de esos inefables espejismos del alma, me parece que reclino mi cabeza sobre aquella piedra venturosa que sirve todos los años en Septiembre

de pedestal á nuestra Virgen y veo alzarse la silueta de la Cruz que la corona y larga, larga la playa de Chimisay y el barranco de Chinguaro, y la gruta de Acaymo y el *tagoror* de sus consejeros sombreado por corpulentos álamos y la ermita del Socorro como un nido de palomas colgado de los acantilados de la costa, y un mundo de esperanzas que se frustraron y desilusiones que murieron y de bienes que perdí pasan ante mis ojos como visiones de óptica ilusoria y... llega hasta mi en alas de la brisa el último perfume de las flores que cierran y la última nota de las aves que se duermen y ¡ay! entonces sube mi oración al trono de María tranquila y esperanzada como los rumores de la mar, como los efluvios de la atmósfera, como los rayos de la luna en ningún cielo más hermoso que en el cielo de nuestras islas y mis labios, sin darse cuenta de lo que hacen como si yo estuviera en estado de sonambulismo, repiten en voz baja, cual si temieran que algún profano estuviese escuchando, aquella salutación que el 7 de Septiembre de 1888 cantaban los chicuelos de Güimar, allá abajo, saltando y brincando como cervatillos en la playa de la ermita:

.....

La patria del gran Tinerfe
con gozo te vió lucir,
y de todos sus estados
el de Güimar preferir
para colocar tu trono
y el paganismo abolir...
Socorro, Madre piadosa,
*No cesamos de pedir.*²

En resumen, como se ha podido comprobar, el trabajo del Dr. Beyro es, además de una bella pieza literaria, un documento de gran valor histórico y etnográfico, tanto para Güimar como para el conjunto de la isla de Tenerife.

[8 de septiembre de 2020]

² Santiago BEYRO (1899). “Recuerdos de Ogaño. Las fiestas en Güimar el 7 y 8 de septiembre de 1888”. *Diario de Tenerife*, 15 de abril (pág. 3), 28 de abril (pág. 2), 8 de mayo (págs. 2-3), 16 de mayo (pág. 2) y 24 de mayo de 1899 (pág. 2). Reproducido en el semanario *Siglo XX*: 20 de julio (págs. 2-3), 27 de julio (pág. 1), 5 de agosto (págs. 3-4), 17 de agosto (pág. 2) y 24 de agosto de 1900 (págs. 2-3).